

carne, moriréis; pero si sujetáreis las pasiones al espíritu, viviréis eternamente."

Para conseguir tanta felicidad, acogeos contritos y humillados baxo la proteccion de esta Madre dolorosa y compasiva. Implorad su clemencia, mas con el corazon que con los labios, y la hallaréis propicia. ¿Qué pedirá esta divina Betsabé á su Hijo dulcísimo á favor de sus verdaderos devotos, que no le conceda este Dios de las misericordias? Avivad vuestra fe, alentad vuestra confianza, dilatad vuestra caridad. El cielo espera vuestra conversion al Señor. Volved pues, hijos pródigos, volved á la casa de vuestro Padre Dios, que os espera con los brazos abiertos: confesad vuestros delitos con espíritu de dolor y compuncion, y con firme propósito de enmendar vuestra vida, y el Señor, que todo es bondad, os vestirá de su gracia. Amen. DIXE.

DIA V^o

SOBRE LA CRUCIFIXION.

Postquam venerunt in locum, qui vocatur calvaria, ibi crucifixerunt eum.

Luc. XXIII. 33.

SEÑORES:

¡Qué espectáculo tan lamentable é inaudito nos presenta la trágica escena del Calvario! Un Dios Hombre desfalleciente, entregado en manos de los pecadores, condenado á muerte afrentosa, desnudo y expuesto á la irrision del pueblo, coronado de espinas, crucificado entre dos ladrones, fugitivas sus fuerzas, y derramando su preciosa sangre en abundancia hasta

la tierra; y una Madre la mas amante de todas, que por seguir con fidelidad á su Hijo, le acompaña en este conflicto, arrimada al pie de la cruz, viéndole morir por la salud del hombre, ¿no son estos los dos objetos que presenta el evangelio en esta hora á los ojos de nuestra fe? ¡Qué espada tan penetrante y aguda para el tierno corazón de María! ¿Hay dolor, os ruego, comparable á este dolor?

¡Ah! qué sé yo, señores, si diga que fue mucho mas agudo y penetrante el que le causó la ingratitude del hombre, por quien su Hijo muere lleno todo de amor. Ella en efecto sabe que está escrito en el gran libro de los decretos de Dios, que muera su Unigénito para redimir al hombre criminal; sabe que voluntariamente ha aceptado esta mision, y que á este fin ha tomado cuerpo por obra del Espíritu Santo en sus virginales entrañas. Sabe que este divino testamento de la reparacion

del hombre no ha de tener cumplimiento hasta la muerte del testador. Mira pues como indispensable que muera su Hijo para reconciliar el cielo con la tierra, borrando con su preciosa sangre el decreto de la condenacion del hombre. Siente como una Madre la mas tierna y afectuosa todos sus trabajos, sus afrentas y su muerte ignominiosa, pero conforme en todo á la voluntad del Eterno, que así lo ha determinado.

Mas cuando considera la ingratitude del hombre rebelado contra su Criador, y que ha de renovar las causas de su crucifixion por medio de nuevos y horrendos crímenes, entonces me parece la oigo exclamar con un profeta: asombraos, cielos, sobre tan gran maldad. ¿Mi Hijo lleno de caridad, derramando su sangre por el hombre, y éste despreciando el infinito precio de tan copiosa redencion? ¿El Salvador desnudo y clavado en una cruz por el hombre,

Tom. XI. G

y éste entregado al lujo de los vestidos, de la mesa, de los placeres sensuales y abundancia de licores? ¿Es posible han de vivir así los hijos de mi dolor?

¡Ah! consultad, señores, vuestro interior y vuestras obras, y hallaréis testimonios auténticos de esta verdad, tan amarga para el corazón de María: hablo de la gula, este vicio capital, tan injurioso á Dios, y tan comun en el pueblo cristiano, principalmente entre las gentes del gran mundo. Hé aquí uno de los acerbos dolores que junto con la crucifixión de su Hijo afligen el corazón de María sobre el monte Calvario. Reflexemos brevemente sobre uno y otro motivo, para tener ocasión de alabar á Jesucristo por su infinita caridad, y corregir un vicio que tanto nos aleja del Señor. Procedamos con la bendición de aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Para formar justa idea del vehemente dolor de María al pie de la cruz, figuraos á esta gran Reyna viendo á su amabilísimo Hijo en el mayor desamparo, exáltado sobre aquel duro leño, y recogiendo sus últimos alientos. Avivad aquí vuestra fe para considerar estos tres poderosos motivos de los dolores de María en esta hora.

¿Quién, señores, lo creyera, á no constar por testimonios tan irrefragables, que el Unigénito de Dios, y esplendor de su gloria, se viese reducido á un tal conflicto? ¿No es el Verbo Eterno, por quien todas las cosas visibles é invisibles en el cielo y en la tierra fueron hechas? ¿No exíge de justicia que todas las criaturas á su modo le adoren y rindan homenaje? ¿Cómo ahora en tanto desamparo? De sus discípulos uno le ha vendido, otro le ha negado, y todos han huido. Los ángeles están suspensos, y aun el Eterno Padre

parece no le oye, ó que no atiende á su lamento; pues poco antes de morir le oimos clamar con estas sentidísimas palabras: *¡Padre mio! ¡Padre mio! ¿porqué me has desamparado? Vos sola ¡ó Madre mia! Vos sola con algunas piadosas mugeres le haciais compañía en tan triste situación, para aumentar sus penas y las vuestras, y ser testigo fiel de su ignominioso suplicio.*

Alli ¡ó dulce Madre! visteis á este nuevo Adán destrudo sobre la cruz, para cubrir la ignominia que causó al primero en el paraíso su vergonzosa desnudez. Alli visteis á este nuevo Abél, sacado por su hermano al campo para hacerlo víctima de su furor y de su envidia. Alli visteis á este nuevo Isaac colocado sobre el leño en que va á ser sacrificado; horadados sus pies y manos con unos duros clavos que habian penetrado espiritualmente vuestra alma, conforme al vaticinio de Si-

meon. Alli visteis sin especie ni hermosura aquel divino rostro, mas hermoso que el de todos los hijos de los hombres; rostro adorable, que tantos reyes quisieron ver, y no pudieron; rostro el mas amable, y en quien desean mirarse los ángeles. Alli visteis cubierto de oprobrio y de ignominia al Soberano de la naturaleza, y hecho un vil gusano de la tierra el que es mas elevado que los cielos.

¿Qué mas? Alli recogiste ¡ó Madre mia! los últimos alientos de su espíritu, llenos todos de amor, de caridad y de dulzura. Le oiste pedir al Padre Eterno el perdon de sus enemigos. Le oiste prometer al buen Ladron el paraíso. Le oiste manifestar la sed que tenia de padecer por la salud del hombre. Le oiste declararos en persona de S. Juan Madre nuestra. Oiste de sus labios que todo estaba consumado; el cielo reconciliado con la tierra, el nuevo

testamento ya sellado, la justicia del Padre satisfecha, cumplido el deseo de los justos, y borrado el decreto de nuestra condenacion. Le viste en fin inclinarse la cabeza y espirar, insultado y blasfemado por aquel pueblo ingrato.

¿Qué os parece, señores, del dolor de María á presencia de tan sacrilego atentado? Privada de su Hijo, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, busca y no halla quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador, como habia anunciado un profeta, se ha retirado mucho, y sus hijos andan perdidos por haber prevalecido el enemigo. Su corazon está turbado, la han desamparado sus fuerzas, la luz de sus ojos ha desaparecido, y ya no está con ella, como David se explica. ¡O Hijo de mis entrañas! diria con este profeta, ¡ó si se hubiera concedido que muriese yo por vos, para no veros morir hecho el oprobrio y la irrisión

de la plebe en medio de los mayores tormentos!

II. Mas no olvidemos, señores, el acerbo dolor que penetró el corazon de María al considerar que muchos de los hijos que habia adoptado sobre el Calvario renovarían sus penas en la sucesion de los siglos, y crucificarían de nuevo (cuanto es de su parte) á Jesucristo, por medio de la gula, este vicio capital y abominable, injurioso á Dios, perjudicial á la sociedad y á ellos mismos. Renovad aqui vuestra atencion.

I La gula consiste en un apetito desordenado de comer y beber; vicio diametralmente opuesto á la sobriedad ó templanza cristiana. Cuán injurioso sea á Dios consta de las sagradas letras. Los que se entregan á este vicio, dice el Apóstol de las gentes, no sirven á Cristo, sino á su vientre; y en su epístola á los filipenses llama á los gulosos enemigos de

la cruz de Cristo, que colocán toda su gloria y su dios en el vientre. De los mismos dice (hablando á los hebreos), que quanto está de su parte crucifican de nuevo y desprecian al Hijo de Dios. ¿Qué cosa pues mas injuriosa al Señor que posponerlo al vil apetito de la gula?

¡Ah! ¿cuántos no han apostatado del verdadero Dios, y renunciado de las delicias inefables de su gloria, por satisfacer á las de su apetito y de su vientre? ¿No fue una especie de gula ó falta de templanza la que hizo prevaricar á nuestros primeros padres, gustando la fruta del árbol prohibido? ¿No fue este vicio por el que Esau perdió su primogenitura (es decir, las bendiciones del cielo y de la tierra), transfiriéndola á Jacob por un plato de lentejas? ¿No fue la gula la que dió ocasion á los israelitas á que adorasen el becerro de oro?

En efecto, mientras Moysés estaba

sobre el monte recibiendo las tablas de la ley se sentaron á comer y beber, dice el sagrado texto, y de resultas se levantaron á idolatrar. Además, ¿quién no se estremece al oír al rico del evangelio lamentarse de la llama que le devora en el abismo? ¿Y en qué consistió su pecado? En el ordinario de los ricos. *Se vestía de púrpura, dice S. Juan, y de lienzo finísimo, y comia con esplendidez diariamente.* En castigo de esta gula y del espíritu de avaricia que ella engendra fue sepultado en el infierno, donde clama devorado por una terrible llama y una ardiente sed, sin tener quien le refrigere sus fauces con una gota de agua. *Crucior in hac flamma;* porque es un justo juicio de Dios, que el que da riendas á su desordenado apetito de comer y beber, padezca tantos tormentos cuantas delicias ha gustado: *quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum.*

A esto alude el Señor cuando de los gulosos dice: "ay de vosotros los que os habeis hartado, porque padecereis hambre." No querais pues asistir á las mesas de los glotones, ni á los convites en que preside Baco, ú los licores, porque los que así viven, dice S. Pablo, no conseguirán el reino de los cielos. Ellos en efecto despues de hartos y beodos, lleno su corazon de orgullo, se olvidan de Dios, como se explica el santo Job. A esta injuria añaden la de adoptar el language de los impios. "El tiempo de nuestra vida, decian ya por el Sabio, el tiempo de nuestra vida es corto y lleno de tedio... El hombre en su muerte no espera refrigerio. Comamos y bebamos, que mañana nos moriremos." añadian por Isaiás.

¿Y no es, os ruego, este el idioma de los gulosos del día? ¡Ah, cuántos discípulos de Epicuro y de Lucrecio usan hoy en sus convites de este

mismo language! Verdaderos imitadores de los israelitas en el desierto, prefieren los ajos y las ollas de carne al pan del cielo. Desterrada de sus mesas aquella sobriedad y templanza que tanto nos recomienda S. Pedro, se entregan las gentes del gran mundo á la gula, á los placeres del gusto; olvidan al Señor, abandonan la modestia, desprecian las leyes del pudor, sin reconocer mas Dios que á su vientre, á quien van dirigidos todos sus homenages. ¿No es este un abandono total de la religion que profesais? ¿Dónde está la ley de sobriedad? ¿Dónde la templanza? ¿Dónde la mortificacion de los sentidos? ¿No podré yo concluir de aquí que la gula es injuriosa á Dios? Ella ademas es perjudicial ó perniciosa al gran cuerpo de la sociedad. Esta ha sido establecida por Dios con cierta proporcion y analogía á la formacion del cuerpo humano. En él ha colocado diferentes

miembros, unos mas, otros menos nobles, destinados á diversos actos y funciones; pero ordenados todos á la subsistencia, conservacion y buen órden de tan singular artefacto.

A este modo ordenó su sabiduría eterna esta sociedad civil, que debe durar hasta la consumacion de los siglos. Colocó en ella pobres y ricos, nobles y plebeyos, débiles y fuertes, sabios é ignorantes, superiores é inferiores. Para que todos estos diferentes miembros contribuyesen á la bella armonía y conservacion del universo, señaló á cada uno sus deberes respectivos, al inferior la subordinacion, al superior la vigilancia y zelo en promover el bien comun; al ignorante la docilidad, al sabio su estudio en comunicar sus luces, y desengañar al que yerra; al fuerte la defensa del flaco; á éste la gratitud y obsequio á su bienhechor; al plebeyo y al pobre la humilla-

cion en sus trabajos, al noble y al poderoso la piedad y la caridad con sus hermanos. Con tan sabia economía hizo que dependiesen unos de otros; y hé aqui la bella armonía que destruye en la sociedad la gula.

Ella en efecto priva á los pobres del socorro y estipendio que les es debido. El evangelio manda á todos los cristianos, principalmente á los ricos, que den de limosna lo que les sobra: *quod superest date eleemosinam*. Esta, señores, no es una obra de supererogacion, sino un precepto riguroso de Jesucristo, cuyo cumplimiento impide de ordinario la gula. El luxo de la mesa; es decir, la abundancia, la diversidad, lo exquisito de los manjares y licores hacen que nada os sobre. Poco he dicho. Hacen que vuestras rentas ó haberes respectivos no alcancen á satisfacer vuestra glotonería y golosina. Por este

I IO SEPTENARIO

medio, en lugar de redimir vuestros pecados con la limosna, como intimaba Daniel á Nabucodonosor, privais al pobre de lo que por derecho natural y divino le pertenece; imitais al rico Epulon, y os disponéis á caer con él en los infiernos: *mortuus est dives, et sepultus est in inferno.*

Por otra parte, vosotros, padres y madres de familia, vosotros sois por disposicion de Dios los tutores natos de vuestros hijos, y de los que su Providencia ha puesto á vuestro cargo. Sois pues obligados á darles una educacion correspondiente á su grado y á su esfera, para que sean buenos cristianos y buenos ciudadanos, útiles á la Iglesia y al estado. Mas vuestra gula echa por tierra esta inviolable ley de la sociedad. Atrasados por este vicio, y á veces reducidos á indigencia, dexais sin carrera, sin oficio, sin destino á vuestros hijos, y á vuestras hijas sin educacion ni

DE DOLORES. IIII

colocacion decente, reducidas á aumentar el demasiado número de las infelices, y aquellos el de los vagamundos y holgazanes, para peste de la sociedad.

Agregad á estos males otros muchos que trae consigo la gula en perjuicio del buen orden de la república. El salario del criado, el pago de la deuda al acreedor, al menestral, al artesano, ¿no son actos de justicia que conservan el buen régimen y armonía del estado, la subsistencia de la mayor parte de sus miembros, y el honor de las familias? ¿Y no destruye mas de una vez la gula toda esta bella armonía, esta equidad, esta justicia? Exâminad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis muchas pruebas auténticas de esta verdad.

¡Glotonas miserables! ¿qué responderéis á Dios en el dia de su ira para descargo de tantas injusticias y de las culpas que les son anexas?

¡Justo eres, Señor, y recto tu juicio!
 ¿cómo dexarás impunes unos delitos tan enormes, y que trastornan por principios el buen orden de la sociedad, que estriba en dar á cada uno lo que es suyo? ¡Vicio torpe, vicio vergonzoso y deshonorable! ¿á cuántos no tienes sepultados con el rico Epulon en el abismo? Prescindo del mal exemplo y de otros muchos pecados de consecuencia que trae consigo este vicio capital al comun de la república, para decir algo sobre los daños irreparables que acarrea á cada uno de sus partidarios en particular.

3 La gula en primer lugar es nociva á la salud del cuerpo, y en segundo á la del alma. A la del cuerpo, porque el exceso de comer y beber, en vez de aumentar, disminuye sus fuerzas, destruye insensiblemente el calor natural, engendra malos humores, que producen graves dolencias, enfermedades

des complicadas de difícil curación, y no rara vez muertes repentinas. Una triste experiencia nos ofrece á cada paso insultos y apopléticos, hijos del vicio de la gula.

Hé aquí unos hombres reos de suicidio. ¿Qué responderán á Dios en esta hipótesi que pueda coonestar esta gravísima falta de caridad consigo mismos? Ellos en efecto no solo se han quitado la salud del cuerpo, sino tambien la del alma por su exceso en comida ó bebida. Además, ¿cuántas veces por medio de la embriaguez han quebrantado el gravísimo precepto de conservar su honor y su buena fama, exponiéndose á la burla y mofa de todos, por haber perdido la razon? ¿No es esto gravar mortalmente la conciencia? ¿No es injuriar la imagen de Dios en vosotros mismos? ¿No es escandalizar al próximo, y dar mal exemplo á los párvulos? ¡Cuántos pecados en una sola obra!

Tan detestable es, señores, el vicio de la gula, por injurioso á Dios, á quien sus partidarios posponen á su vientre, apostatando á veces de su religion; por perjudicial á la sociedad, cuya bella armonía y orden trastornan por medio de injusticias; por pernicioso en fin á quien lo adopta en grave perjuicio de su cuerpo y de su alma. Huid pues, os ruego, de tan horrible monstruo, adversario nato de Dios, de la república y de vuestro espíritu. No asistais á estos convites, en que reina la gula y la embriaguez, y donde con frecuencia se renuevan las causas de la crucifixión de Jesucristo y de los dolores de su augusta Madre. Sed en fin sóbrios, y velad, como os intima el Príncipe de los apóstoles, porque vuestro enemigo el diablo da vueltas al rededor de vosotros, buscando á quien devorar. No perdais este tiempo de misericordia, porque nadie sabe el momento ni la hora en

que será citado á los pies del tribunal del Juez de vivos y muertos. Detestad vuestros pecados, moveos á penitencia, dexad las sendas torcidas de la vida mole y regalada, entrad por la puerta estrecha de la mortificacion y crucifixión de vuestra carne y concupiscencias al camino que conduce á Dios, y hallaréis propicia á nuestra Madre dolorosa. Trabajad así con perseverancia baxo tan alta proteccion por vuestra salud espiritual, y conseguiréis la vida eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

